

La Maldición del Rey Sabio. José Guadalajara.

Capítulo I

...

El rey se levantó.

—Dame esa espada —le urgió al criado.

La tomó en su mano derecha y la sostuvo en vilo apuntando al techo.

—El brillo de esta empuñadura pesa demasiado en la mano de un rey.

—No en la de vos, mi señor.

Se enfundó la espada en el tahalí.

Antes de salir de la cámara, contempló fugazmente su imagen reflejada en el espejo.

Impaciente, con el rostro enjuto y la mirada perdida, Pedro Martínez de Pampliega, caballero vasallo del infante don Manuel, dio tres pasos hacia delante.

Intranquilo, se había vuelto a levantar del asiento que ocupaba en la antecámara del salón de recepciones, pero al tercer paso que dio sobre el enlosado se percató de que se le había caído la carta que llevaba entre las ropas. Se agachó para recogerla.

Desde Peñafiel a Burgos hay unas dieciocho leguas que, a través de caminos y parajes solitarios, había recorrido a galope tendido durante la noche.

En Lerma había hecho la posta. La nueva cabalgadura no es que fuera demasiado rápida, pero, a fuerza de espuelas y pericia de jinete, había conseguido llegar a las puertas de las murallas de Burgos poco antes del amanecer.

El día era frío y mustio. A pesar de la colación y el caldo de ave con que le habían aliviado el helor del cuerpo y el vacío del estómago al llegar a Las Huelgas, sentía en su interior otra frialdad inquieta que le hacía mover las manos y los pies de manera constante.

Con la carta entre las manos se aproximó a una ventana. Observó a lo lejos las torres de la catedral, mandada construir por el rey don Fernando III, conquistador de Sevilla y padre de Alfonso X. Una tarde —rememoró ahora—, junto a la puerta del Sarmental, mientras

contemplaba absorto las figuras simbólicas de los cuatro evangelistas esculpidos en el tímpano, tuvo una especie de visión premonitoria.

De eso no hacía aún ni cuatro años, pues sucedió en el año del nacimiento del Señor de 1277 —recordaba—, allá por los días en los que el rey celebró Cortes en Burgos.

Sintió en aquel momento que la figura del león, que representa a San Marcos, emitía un fulgor extraño que le dañaba las pupilas. Cerró instintivamente los ojos y, al abrirlos de nuevo, le pareció distinguir que el evangelista sentado en el pupitre de la izquierda había girado la cabeza para quedársele un instante mirándolo. Tenía la expresión grotesca y el semblante lívido de un ahogado.

La contemplación repentina de aquella escena le produjo un escalofrío y percibió en ella un funesto presagio. Aquel rostro de piedra era el mismísimo rostro que el del infante don Fadrique, el hermano de Alfonso X.

Unos días más tarde fue descabezada una conjura urdida contra el rey. Don Fadrique había pretendido desplazar a su hermano del trono para convertirse en regente. Fue inmediatamente hecho prisionero y, sin ninguna consideración a su parentesco, su cabeza fue sumergida hasta la asfixia en una cubeta de agua. Lo mismo le sucedió a otro de los principales conjurados, a Simón Ruiz, señor de los Cameros, a quien, por orden del rey, apresó en Logroño el infante don Sancho. El castigo fue dejar que el cuerpo del reo se consumiera lentamente entre las llamas.

Pedro Martínez, mientras observaba la catedral y su memoria le devolvía las imágenes de aquella premonición, sintió un estremecimiento.

Los recuerdos le advirtieron que la misión que le había traído esa mañana a la corte cobraba un sentido más acuciante y, a la vez, más patético. Apretó la carta con fuerza contra su pecho y se dio la vuelta. Enfrente, junto a la puerta, tenía la figura descomunal de un hombre armado que custodiaba el acceso al salón de recepciones.

Aún tuvo que aguardar un rato.

Cuando por fin se abrió la puerta y se le permitió la entrada, el ansia y la impaciencia por referirle al rey la visión que había tenido hacía tres días habían crecido tanto durante la espera que ya la inquietud le dominaba todo el cuerpo.

—Señor, me envía vuestro hermano, el infante don Manuel —se arrodilló frente al escaño que ocupaba el Astrólogo. La carta le colgaba de la mano derecha.

El rey esbozó una sonrisa benévola. Conocía perfectamente al heraldo del infante.

—Veo que me traes también una carta. ¿Es que mi hermano no piensa acompañarme a Ágreda?

Don Manuel, que había abandonado Burgos hacía más de una semana tras las bodas de sus sobrinos, había dado su palabra de regresar a la capital de Castilla antes de que el rey emprendiera ese viaje.

—Vuestro hermano no faltará a las vistas con el rey de Aragón, pero os pide que le excuséis de moverse hasta Burgos debido a varios asuntos imprevistos y urgentes que se le han presentado con las rentas de su señorío; por eso, como os certifica en esta carta, se encontrará con vos, mi señor, en San Esteban de Gormaz; sin embargo, yo...

—Dámela.

Se acercó hasta el escaño y le tendió la carta. El rey rompió el sello del infante y abrió a continuación el pergamino, que, al desplegarse, produjo un ligero crujido como de hojarasca. Comenzó a leer.

—¿Así que vendrá con cincuenta caballeros y veinticinco ballesteros?

—apuntó sin levantar la vista del pergamino.

—Sí, mi señor. Vuestro hermano estima que es un acompañamiento suficiente para este encuentro.

El Astrólogo, cuyo semblante aún denotaba la mala noche que había pasado, hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza y prosiguió leyendo.

—¿El nueve de marzo me aguardará en San Esteban con toda su hueste? —reflexionaba en alto—. Sí, supongo que yo llegaré allí sobre ese día.

Pedro Martínez no dejaba de mover los pies sobre las alfombras. Su pensamiento estaba centrado en que el Astrólogo llegara por fin al pasaje de la carta que más le interesaba. No en vano él era el protagonista del mismo.

—Mi señor, el infante estará allí sin retraso; sin embargo, yo...

El rey levantó los ojos del pergamino e hizo un gesto con la mano a uno de sus sirvientes.

—Tengo secos los labios, Andrés.

El sirviente se apresuró a llamar al copero, que, al instante, precedido por otro criado, apareció por una de las puertas con una copa, una taza y una jarra con agua. Llenó la taza y se la pasó al criado, que hizo la salva. A continuación, con la copa llena, el copero hincó la rodilla derecha en el suelo y se la ofreció al rey. Éste apenas dio unos sorbos, los suficientes para aliviar la sequedad de la boca. Alargó la mano y devolvió la copa. Con una salutación, ambos sirvientes se retiraron.

El rey reanudó entonces la lectura de la carta bajo la mirada expectante de Pedro Martínez, que ya no cabía en el pellejo a causa del nerviosismo.

—¿De modo que además me traes un mensaje urgente?

El rey levantó la vista. Su ojo izquierdo daba la sensación de que estuviera a punto de salirse de la órbita. Pedro Martínez de Pampliega sintió un efecto de repugnancia al contemplar el rostro y la boca sumida del Astrólogo, ya apenas sin dientes.

—Muy urgente, mi señor, yo...

—Según dice en esta carta, se trata de una visión.

—De una visión... sí, de una visión que tuve hace tres días en Pampliega y...

—Una visión, al parecer, relacionada con mi persona.

—Así es, mi señor.

—Mi hermano me ruega que te preste la mayor consideración y que no descuide la advertencia. Me pide además que no tome enojo con lo que vayas a decirme y que reciba tus palabras como si él mismo las pronunciara aquí delante.

—Así es, mi señor.

—¿Y qué visión tan importante es ésa y qué autoridad tienes tú para que yo deba prestarle crédito?

—No soy profeta, señor, ni me considero inspirado por Dios, pero he tenido otras visiones que luego...

—Sí, he oído algunas habladurías, he oído algunas... y no me gustan. No me gustan nada, don Pedro. ¡Ya sabes a cuáles me refiero!

—No está en mi ánimo ahora destaparlas, pero, sin embargo, yo...

—Dime, ¿cuál es esa visión? Puedes hablar tranquilo, pues te doy la seguridad que para ti reclama mi hermano.

Pedro Martínez trazó con la mano una ostentosa señal de la cruz en el pecho que remató con un beso en las yemas de los dedos. Con la mayor gravedad, tanto de voz como de porte, comenzó a dar explicaciones al rey sobre el contenido de su visión.

—Se dice que, estando en vuestro alcázar de Sevilla, hace ya muchos años, mientras comáis en compañía de la reina, de numerosos caballeros y prelados, hicisteis una grave declaración para la que hay una palabra que, por respeto, no me atrevo a pronunciar aquí delante de vos.

El Astrólogo lo miró con fijeza descarnada y, sin dejar que continuara su relato, alzó la voz más de lo necesario.

—Te ahorraré la vergüenza, Pedro Martínez de Pampliega. Seguro que esa palabra no es otra que “blasfemia”. ¿Me equivoco?

El heraldo no se atrevió a despegar la vista del suelo.

—Mil gracias... señor —balbuceó—, por evitarme el sonrojo de pronunciarla, pero, como bien sabéis, fueron los obispos los primeros en hacer uso de ella.

—Prosigue.

—Entonces dijisteis que... que si hubierais estado con Dios cuando creó el mundo y todas las cosas que hay en él, que... que muchos de los defectos que tiene se habrían evitado.

Hizo una pausa y se quedó como esperando respuesta.

—Prosigue.

—Hace tres días, estando devotamente en oración en mi cámara, noté de pronto un resplandor de claridad que parecía como de fuego. En medio de esa claridad apareció un rostro de ángel muy hermoso, de lo que quedé muy espantado. Cuando, más sosegado, me salieron las palabras por esta boca, le dije: “Conjúrote de parte de mi Señor Jesucristo para que me digas qué cosa eres: ¿espíritu bueno o malo?”.

Enseguida me tranquilizó: “No temas, porque soy un mensajero de Dios y vengo a ti para que adviertas a tu rey que Dios está muy ofendido con él debido a aquellas palabras blasfemas que pronunció en Sevilla”.

Emocionado, asustado también, bajó la cabeza y emitió un suspiro.

El Astrólogo se revolvió en su escaño. Alzó la voz e instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Prosigue.

—Me pidió que... que viniera a la corte y os contara esta visión.

Dios desea que os arrepintáis, porque solo así Dios os perdonará y anulará la sentencia que contra vos ya ha pronunciado.

—¿Una sentencia, dices?

—Señor, debéis arrepentiros de aquellas graves palabras. Es el único modo de revocar esa sentencia terrible. ¡Hacedlo por vuestros vasallos y por vuestros reinos!

—¿Crees que voy a hacer caso de visiones?

—Os doy mi palabra de que todo fue tan real como esta conversación.

¡Os lo juro por el santo leño de Nuestro Señor Jesucristo!

—Esas visiones no siempre son tan reales como parecen, y en lo que dije entonces me mantengo ahora.

—Señor, vos mismo... sabéis que, a veces, la misma Virgen gloriosa se aparece a los más simples mortales... yo...

Pedro Martínez se dejó caer de rodillas. Juntó las manos a la altura de los labios y le imploró al rey una vez más que se arrepintiera.

—Ponte en pie, Pedro Martínez —le conminó airado el Astrólogo—, y date cuenta de que muchas veces, bajo capa de bondad, se ocultan torcidas intenciones. Tus palabras me las tomo como un aviso, quizá un aviso demasiado terreno. Ahora retírate de mi presencia.

—Señor, os lo suplico, no os pueda el orgullo ni la soberbia. ¡Arrepentíos!

—Retírate.

—¡Señor...!

—He dicho.

Los dos hombres de armas que flanqueaban el escaño regio hicieron amago de llevarse la mano a la espada. El rey los contuvo con un gesto.

Ya en la puerta, Pedro Martínez aún se volvió hacia el rey.

—Ésta es, señor, la sentencia que me comunicó el ángel: “Así como despreciasteis al que os hizo, os crió y os dio honra, de la misma manera os despreciará el que de vos descende, y seréis bajado y tirado de la honra y estado que tenéis y así acabaréis vuestros días”.

En el año del Señor de 1275 murió el hijo primogénito de Alfonso X, el infante don Fernando de la Cerda. Tenía veinte años. Por entonces ya había dado muestras de habilidad de gobierno y había participado en numerosas campañas bélicas. Pero la muerte, que siempre escarba como un gusano en la tierra, lo buscó y lo encontró en Villa Real cuando capitaneaba la hueste que se dirigía a Andalucía para hacer frente a la invasión de los benimerines. Fue una muerte fuera del campo de batalla, mientras esperaba la llegada de las mesnadas que iban a combatir a Ibn Yusuf.